

VICENTE SAENZ

Presidente del Partido Socialista de Costa Rica

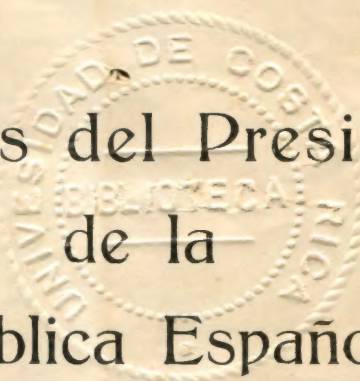
---

Delegado costarricense al Segundo Congreso Internacional  
de Escritores Antifascistas. - Valencia, Madrid, Barcelona.

(Julio de 1937)

---

Palabras del Presidente  
de la  
República Española

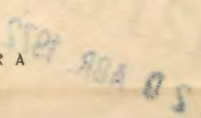


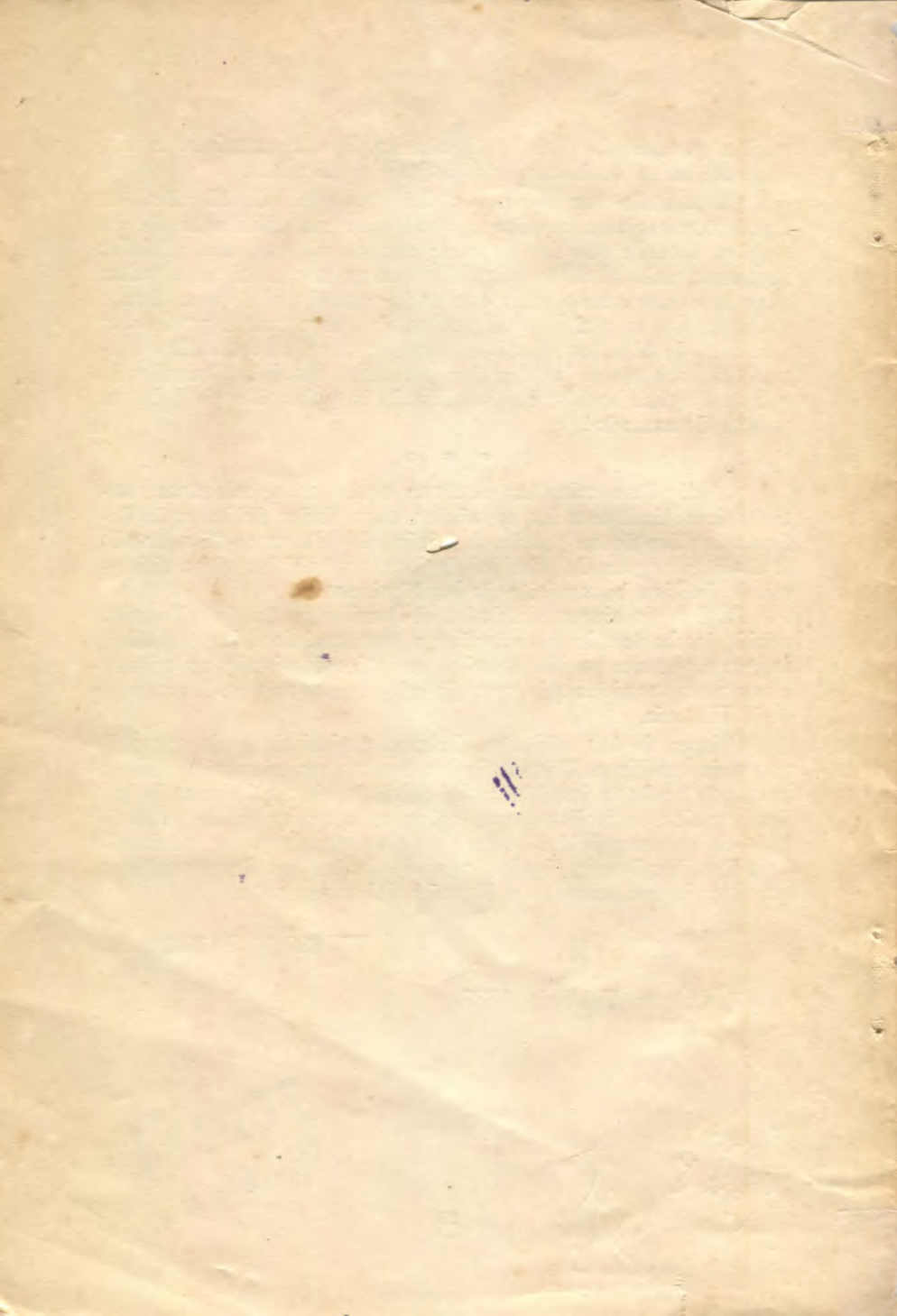
Ediciones de la "AGENCIA PERIODISTICA UNION"

27 y K - Habana, República de Cuba.

---

LA HABANA  
IMP. PEREZ SIERRA  
Ave. de Bélgica (Egido) 23  
1937





# DOS PALABRAS

Lector amigo:

Antes de iniciar la lectura de este folleto en que el escritor costarricense Vicente Sáenz ha recogido del Presidente Don Manuel Azaña, sus impresiones acerca de la contienda que actualmente se libra en España, es necesario que expliquemos el porqué de su publicación y los propósitos que nos guían al hacerlo.

Vicente Sáenz, uno de los escritores más vigorosos de Hispanoamérica, que ha puesto su pluma al servicio de las clases que tienen de su lado la justicia, ha asistido, como Representante de los escritores costarricenses, al Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas que acaba de celebrarse en Valencia, Madrid y Barcelona. En la última de esas ciudades de la España heroica sostuvo una larga entrevista con el señor don Manuel Azaña, Presidente Constitucional de la República Española, la cual aparece por primera vez en nuestro idioma en el presente folleto, habiendo ya aparecido en ruso, en las páginas del diario "Izvestia"; en francés en "L'Humanité" y en inglés en varios importantes diarios londinenses.

Vicente Sáenz, al poner en nuestras manos el original de esta importantísima entrevista, en que el Presidente Azaña pone de manifiesto todo el proceso reaccionario español que culminó en el criminal levantamiento militar fascista, lo ha hecho consciente de nuestro amor a la causa que con tanta abnegación y sacrificio defiende el valiente pueblo español. Este folleto, por tanto, será distribuido entre los amantes de la libertad y de la justicia, y el producto que de su distribución se obtenga será dedicado íntegramente a los valientes soldados que en los gloriosos campos de España se batieron con sin igual arrojo por mantener esos postulados.

El gran escritor costarricense al poner en nuestras manos el original en español de su interesante conversación con el Presidente Azaña, no hace más que reforzar la enorme trinchera, que, partiendo de las llanuras sin fin de Castilla, se extiende hasta estas tierras de América donde millones de almas participan activamente en la gran contienda, seguros de que, al fin, el glorioso pueblo español sabrá imponerse a la invasión que la barbarie fascista internacional ha desatado sobre su indomable suelo.

JESUS F. NEIRA.

CELSO ENRIQUEZ.

# VICENTE SAENZ

## LIBROS PUBLICADOS:

- Traidores y déspotas de Centro América.
- Cuentos de amor y de tragedia.
- Cartas a Morazán.
- Norteamericanización de Centro América.
- Rompiendo Cadenas.

## FOLLETOS:

- Actitud del Gobierno de Washington hacia las repúblicas centroamericanas.
- Intervención de los Estados Unidos en Centro América. (Inglés y Castellano.)
- El Canal de Nicaragua. (Inglés y Castellano.)
- España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936. (Castellano y ruso.)
- El resplandor de España. (Inglés y castellano.)
- Palabras del Presidente de la República Española.

## EN PREPARACION:

- España Heroica.
- Hispano América.
- Opiniones y comentarios.

## PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

### ESPAÑOLA

---

“Sí, España se desangra. Miles de víctimas han caído en los frentes, en las ciudades bombardeadas, en las poblaciones que están en poder de los facciosos. Los fusilados—¡solamente los fusilados!—se cuentan por decenas de millar.

“Para darse una idea de esta tragedia habría que recordar el caso de Navarra. Allí perdimos las elecciones; estábamos en minoría; treinta y seis mil votos escasos, de hombres y de mujeres, obtuvo el Frente Popular. Pues de esos treinta y seis mil izquierdistas quince mil han sido cruelmente ajusticiados.

“Proporciones semejantes se pueden calcular en Badajoz, en Granada, en Sevilla, en Málaga, en todas las provincias bajo el dominio militar. La consigna de los rebeldes es muy clara: acabar con los republicanos, con los socialistas y comunistas, con los catedráticos, con los maestros, con los intelectuales que no estén a su servicio.

“Porque no conocen al pueblo español, porque no lo comprenden, se lanzaron las derechas en esta terrible aventura, provocada sin necesidad. ¿Cómo concebir, de otra manera, que hayan desatado sobre España, sobre su patria, esta guerra feroz e inhumana?

“¡Sobre un país que no quería la guerra en forma alguna; que no pensaba en ella; que la rechaza y condena en su constitución; que ni siquiera tenía una política internacional, para no verse envuelta en compromisos ni en tratados que pudieran perturbar la paz de la República!

“La perturbaron, sin embargo. Pero habría terminado con las jornadas del 19 y del 20 de Julio en Barceelona y en Madrid, si no hubiesen tenido los militares el respaldo de fuerzas extranjeras, el auxilio, la intervención decidida y comprobada de poderes extraños. Esa ingerencia prolonga el

cruento sacrificio del pueblo español, que no hace más que defenderse del ataque con las armas en la mano”.

\* \* \*

Ha dicho las palabras anteriores don Manuel Azaña, Presidente de la República Española. O ese, al menos, es su pensamiento, que trato de reconstruir en la mejor forma posible. Y las ha pronunciado con una gran serenidad, no obstante que nuestra conversación tiene lugar en plena guerra, al décimo mes de matanza de españoles por la caverna insaciable y por los ejércitos que invaden la península.

Recia figura la de este castellano sobrio y austero, personaje central de la hora dramática de España. Recia figura la de este ilustre vecino de Cervantes, a tres siglos y medio de distancia, ya que ambos nacieron y crecieron en Alcalá de Henares. Vecino, dije, del padre genial de Don Quijote; y profundo y devoto glosador de la obra cervantina, pues que hombre de letras antes que político —político de altura— ha sido don Manuel Azaña.

Estoy en su oficina del Parlamento Catalán, el suntuoso palacio que la presidencia ocupa en Barcelona. Suntuosidad en la construcción, en los mármoles, en los cuadros, en los tapetes, en las joyas de arte que adornan los solones y las galerías. Es, si así pudiera llamársela, una vetusta suntuosidad pasiva, en desacuerdo con la democrática sencillez del primer magistrado de la República Española.

Hablamos largamente de la horrible conmoción que sufre España; de su resonancia en América; de lo que significa para Europa y para el resto del mundo. Don Manuel Azaña, en cada una de sus frases, en cada uno de sus comentarios, se revela como el hombre superior que ha podido aglutinar el mayor número de votos y las más disímbolas agrupaciones del viejo solar español.

\* \* \*

“Vea usted —nos dice— a qué dolorosos extremos conduce la intransigencia. ¡Y no había razón para que existiera! El Frente Popular ganó las elecciones en febrero de 1936; pero las organizaciones obreras no tomaron el poder, dejándonos a los republicanos la responsabilidad de formarlo.

“Tenía que ser así porque también resultaron electos unas doscientos diputados de distintos matices políticos, a quienes se podría agrupar bajo la denominación general de conservadores”.

“Esos diputados representaban un gran sector del sentimiento español; y para evitar serios y seguros conflictos no era posible ignorarlo en una democracia como la nuestra”.

“Los partidos de izquierda procedieron con sensatez. ¿Hicieron lo mismo las derechas? ¿Se dieron cuenta de la situación, de las necesidades, de los justos anhelos de la mayoría? ¿Fueron capaces de comprender que nosotros los republicanos podíamos ser, desde arriba, los encauzadores de la nueva sociedad? La respuesta, la trágica respuesta está en la rebelión”.

\* \* \*

Quiere decir que numéricamente, de acuerdo con lo que acaba de expresar el Presidente Azaña, aquellos grupos sumarán un cuarenta por ciento de las actas parlamentarias, si tratándose de la nación y de sus graves problemas se pudiese hablar en cifras.

Mas su fuerza era mayor: por su dinero, por sus propiedades, por el dominio de la banca y de la prensa, por su desarrollo económico, por todo lo que hace más poderoso a un grupo de capitalistas y de clases privilegiadas que a un grupo de trabajadores, cuando apenas se están organizando o se encuentran por desgracia divididos.

Con el respaldo de su poderío se rebelaron los vencidos en las urnas. Su respuesta a la voluntad del pueblo ha sido una respuesta trágica, como muy bien lo dice don Manuel Azaña. Y al decirlo, al exponer con sus palabras castizas la verdad de lo que ocurre, una sombra de preocupación, de amargura, de indecible pena por el desgarramiento de España—que se refleja en su corazón y en su espíritu—, nubla la frente del estadista, del intelectual español, a quien el destino ha colocado a la cabeza de su pueblo en el más trágico período de su agitada historia.

¿Y a qué se debe la espantosa convulsión? ¿Contra qué, contra quién se levantaron las fuerzas reaccionarias? ¿Qué razón había para que se echaran brutalmente sobre la República, sobre la democracia, sobre el patriotismo de millones de españoles, con el apoyo de las bélicas dictaduras fascistas, salto atrás en Europa de todo vestigio de civilización y de cultura?

\* \* \*

“Ellos mismos no sabrían explicar a ciencia cierta contra qué se han sublevado —comenta el Presidente Azaña—. Cues-

tión de soberbia, incomprensión, desconocimiento de la realidad.

“No quisieron someterse al voto de la mayoría ni a perder la costumbre de mandar. No se resignaron por las buenas a su derrota, a pesar de que las elecciones de febrero fueron preparadas, dirigidas y financiadas a manos llenas por la propia reacción que entonces estaba en el poder”.

“Creyeron, sin duda, cuando tomaron las armas para combatir al pueblo, que se trataba de un alegre paseo militar; y que en breve plazo darían buena cuenta de nosotros”.

\* \* \*

Eso es. Los enemigos de la República esperaban un triunfo cuartelario rápido y seguro. No se imaginaron que España hubiese podido evolucionar de 1823 al 18 de julio de 1936.

Nadie, en otras palabras, les hubieran convencido de que al cabo de más de cien años el pueblo español, a los acordes del Himno de Riego, apoyaría al Gobierno contra la nueva Santa Alianza, contra los nuevos invasores, contra los cien mil hijos contemporáneos de San Luis.

¡Consistió el pequeño error de los privilegiados en confundir la Monarquía de Fernando VII con la República del Frente Popular! ¡Y al siglo XIX con el siglo XX!

\* \* \*

Mi conversación con el señor Azaña gira en torno de las mínimas conquistas obtenidas por el proletariado después de mucho batallar. Mínimas en realidad lo eran. Menores que las alcanzadas en otros países europeos, monarquías inclusive, sin la violencia revolucionaria.

¡Ni siquiera las que establecen los artículos 46 y 47 de la Constitución para que la República efectivamente asegurase, a todo trabajador, “las condiciones necesarias de una existencia digna”! ¡Ni esas siquiera, por el retraso, por la interrupción de la marcha hacia adelante, durante el bienio negro de Lerroux y de Gil Robles!

Letra muerta fué aquel bienio lo que ya estaba legislado en favor de las clases proletarias. Letra muerta por lo tanto, la Ley Agraria de 1932, tan combatida por los detentadores de más de media España, a pesar de que reconoce, puesto que los indemniza, derechos bien o mal adquiridos: por herencia desde los tiempos medioevales, por concentración a través de los mayorazgos, por trasposos posteriores en el Registro



de la propiedad. Y letra muerta, en relación con las órdenes religiosas, las disposiciones constitucionales del artículo 26.

¿Convertiría todo eso en letra viva el Gobierno democrático, liberal, humanista del Frente Popular? He aquí la interrogación, una simple interrogación, a la cual contestaron anticipadamente las derechas con la violencia y con el crimen atroz de la guerra, que tenían preparada de antemano con las propias armas de la República.

De manera que la rebelión estalló por temor de que el Frente Popular hiciese un poco de justicia social, ciñéndose a la Constitución. Y por ese temor, por abstracciones que no entran en el terreno de los hechos, o por lo muy moderado que había podido realizarse, sufre España esta hecatombe que transformará totalmente, aceleradamente, su vieja estructura cavernaria.

¡Hay que creer con el señor Azana que los facciosos no sabrían explicar, a ciencia cierta, en forma concreta, contra qué se han sublevado! ¡Pero sí saben ahora que lo han perdido todo!

Procuraré sintetizar, en las frases que siguen, el pensamiento del gobernante español sobre la Reforma Agraria arri-ba citada, sobre la riqueza de los capitalistas y sobre la economía eclesiástica, que nada tiene que ver con creencias religiosas ni con cuestiones metafísicas.

\* \* \*

“El problema básico de España, nación agrícola, es el problema de la tierra. Más del setenta por ciento de la masa productora del país se dedica a la agricultura. Sin embargo—y ésta es la causa más honda de todos los conflictos que aquí se han suscitado—solamente un reducido porcentaje de españoles ha dispuesto de la gran fiesta natural de riqueza que es la tierra.

“En algunas regiones se halla de tal modo subdividida—en el noroeste, principalmente—que la labranza en pequeño no ha sacado de su ancestral pobreza al laborioso campesino. En el sur, por el contrario, se encuentra acaparada por una minoría de señores latifundistas. Y entre los dos extremos está el mediano propietario, lo que hace más difícil todavía y más complicada una solución justa del problema.

“La Reforma Agraria contempla los distintos aspectos de tan irregular y antieconómica situación, dando ayuda técnica

y financiera, abonos, semillas y aperos a los dueños de ínfimas parcelas, para que mejoren sus cultivos y aumenten sus cosechas; defendiéndolos del rentista que les alquila el terreno; tratando, en fin, de llegar a una distribución menos irritante de la enorme propiedad rural, allí donde el feudo, el latifundismo hereditario, han producido esa miseria pavorosa y esa esclavitud infamante que constituyen el campo más feudo de los conflictos sociales.

“Ahora bien, para llevar a cabo esta política de reajuste de la propiedad territorial no era necesario, dentro de la tesis republicana, expropiar violentamente a los grandes poseedores. Se les indemnizaría de acuerdo con la ley, por las pocas o muchas hectáreas que se distribuyesen a centenares y a miles de trabajadores agrícolas.

“Es tan cuidadosa nuestra legislación agraria que ningún terrateniente, ni el más apasionado, ni el de mayor codicia, podría afirmar de buena fe — para explicar su rebeldía contra la República — que con aquella legislación se trataba de arruinarlo.

“En cambio — continuó diciendo el Presidente azaña — donde la dotación de parcelas pudo aplicarse, en parte al menos, se evitaron conflictos y altercados que en otros lugares era difícil sofocar. Tal fué el caso por ejemplo, de Extremadura”.

\* \* \*

¡Salta pues a la vista que un pedazo de tierra y los elementos necesarios para cultivarla; una relativa honanza económica, habían obrado el milagro de apaciguar los ánimos y de hacer menos peligrosa la agresividad injustificada de los reaccionarios que querían obstaculizar la labor de la República!

Analizados así, a grandes rasgos, los alcances, la finalidad humana y la moderación de la Reforma Agraria, parece imposible que esa ley haya podido ser motivo lógico de una guerra civil. Tierra necesitaban angustiosamente varios millones de españoles para poder vivir. Tierra tenían en abundancia unos pocos privilegiados, con extensas reservas para sus cacerías y sus deportes. Se le tomó lo indispensable; se les pagó sin regateo; se iba pues democratizando, sin violencia, el derecho de propiedad.

¿Cuál era, entre tanto, la actitud del capital financiero,

de los empresarios, de los dueños de las industrias y de los grandes rentistas?

\* \* \*

“Caso semejante de incompreensión —contesta don Manuel Azaña—ofrecen las demás fuerzas capitalistas, aliadas de los rebeldes”.

“Pues no disfrutaban de sus anteriores privilegios? Las industrias, la banca, los ferrocarriles, las empresas de toda índole seguían funcionando normalmente con el régimen del Frente Popular”.

“Los accionistas retiraban sus dividendos. Cobraban sus rentas los dueños de fincas urbanas. Y el Estado hacía frente a sus compromisos en favor de los capitalistas, con un presupuesto mayor de mil millones de pesetas anuales para el pago de amortizaciones e intereses sobre valores, cédulas y bonos que no estaban precisamente en manos del proletariado”.

\* \* \*

¿Qué querían entonces? ¡El temor, siempre el temor del avariento, que oye en su conciencia la voz que lo condena por los medios empleados para enriquecerse! ¡El temor del codicioso que tiembla por adelantado ante el peligro de ver su fortuna disminuída!

Se hizo, tal vez, más agudo ese temor, porque los salarios de hambre, salarios indignos de una nación civilizada, estaban alcanzando legistivamente el justo, el humano, el cristianísimo nivel de salarios vitales.

¡Tremenda incompreensión, no cabe duda, la de los amos de las finanzas, apenas comparable a la de los terratenientes! ¡Torpeza, como la de los militares, que ordenan el bombardeo, la destrucción de pueblos y ciudades, inclusive Madrid, la capital, en la que pensaban entrar y establecer su gobierno! ¡Sobre qué? Sobre ruinas. En medio del rencor y el odio de los supervivientes.

\* \* \*

“Incompreensión y torpeza porque el aumento de la producción agrícola con la Reforma Agraria—dice el Presidente: —el pagar jornales adecuados, pudiendo sobradamente hacerlo; el promover, en suma, un más alto nivel de vida de las masas productoras, que también lo son consumidoras, hubiera redundado en beneficio de todos al mejorar y desarrollarse la

economía general de la nación, tan lenta y retrasada por la falta de iniciativa, por la incapacidad o el abandono de estas minorías parasitarias”.

1

\* \* \*

Lo mismo—trato de seguir interpretando el pensamiento del señor Azaña—se puede decir de la actitud del clero. Nadie con honradez, nadie con sinceridad, sería capaz de acusar al Gobierno de haber perseguido ninguna doctrina espiritual, ningún credo religioso, menos aún el dogma católico.

Se daba cumplimiento al artículo 27 constitucional, que garantiza “la libertad de conciencia y el derecho de profesar y practicar libremente cualquier religión”. Obsérvase con toda fidelidad el artículo 48, que reconoce a las iglesias “el derecho de enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos”. El Frente Popular no estaba en pugna con las creencias ni con la mística de ningún ciudadano ni de ninguna agrupación de carácter religioso.

¿A qué se debe, entonces, el odio feroz de los prelados católicos a la República? Únicamente a las disposiciones constitucionales del artículo 26 en su aspecto económico. Es decir, en lo que ese artículo pudiera perjudicar los intereses, los bienes materiales de algunas congregaciones que por sus actividades constituían un peligro para la seguridad del Estado.

Mejor dicho, la mayoría del clero está con la traición, con los moros y con los nazis anticatólicos, por el temor de que aquellas disposiciones fuesen puestas en vigencia por el Gobierno del Frente Popular.

¡Simplemente por el temor! Un temor, igual al de los otros, que llevaban también en la conciencia.

\* \* \*

¿Y había razón para tenerlo? Bastará con recordar que la República sólo había aplicado el artículo 26 a medias, en casos tan notorios como el de la Compañía de Jesús, disuelta ya en siglos pasados por regímenes no de izquierda sino conservadores, por monarquías ancestralmente católicas como las que han gobernado a España.

Y ni aun con los jesuitas estaba cumpliendo el Frente Popular, integralmente, los mandatos del mencionado artículo, pues los hijos de Loyola, en julio de 1936, continuaban en posesión de sus bienes, de sus negocios, de sus industrias, de

sus periódicos, de los valores que controlaban en las más importantes y productivas empresas del país.

Tampoco había llegado la España "roja" a la total extinción de partidas para el clero en su presupuesto oficial de egresos. Todavía en 1936, por haberes pasivos de congregaciones eclesiásticas, gobernando el temido Frente Popular, iban a cobrar los prelados alrededor de diecisiete millones de pesetas.

Pero no estaban conformes sin la suma mayor que antes recibían, hechos a la costumbre de que el Estado pagase la absolución de las almas y el reparto de indulgencias con más de sesenta millones de pesetas en cada período semestral. Y por esa inconformidad, en compañía de militares, aristócratas, capitalistas y terratenientes, sus clases afines, se lanzaron a la revuelta.

\* \* \*

Tratarán de seguir impresionando con la destrucción lamentable de iglesias y de conventos. Es verdad—y así lo reconoce don Manuel Azaña— que algunas iglesias y que algunos conventos han sido destruidos en el fragor de la lucha, pero a pesar y no con instrucciones del Gobierno, no obstante que muchas casas de Dios se habían convertido en fortalezas. Reacción análoga del pueblo se ha visto en varias épocas de la historia de España, sin que hubieran podido evitarla los reyes ni las autoridades más católicas de la Monarquía.

La explicación no debe buscarse en causas religiosas o antirreligiosas, ni tampoco en prédicas rojizantes o comunistas, cuando Marx no había nacido. Responden esos hechos — que el Gobierno no justifica y que ha sido el primero en condenar y en reprimir— a la opresión económica, al poder político de la iglesia sobre la ciudadanía española, a su alianza con las altas clases sociales que tanto han explotado y humillado a los de abajo.

Pensemos en Euzkadi, en esa vigorosa nación vasca, profundamente católica, con un clero ejemplar que defiende los derechos de los trabajadores, que condena a los rebeldes y lucha contra la invasión extranjera. ¿Se sabe allí de iglesias o de conventos asaltados por "las hordas marxistas"? ¿Persegue alguien del Frente Popular a los sacerdotes, a las monjas, a las congregaciones religiosas de Vasconia? ¿Se opone a sus creencias? ¿Impide sus oficios eclesiásticos?

No. El Gobierno de la República está con los católicos de Euzkadi, porque los católicos de Euzkadi no han traicionado a España. Y están contra ellos —¡paradoja extraordinaria!— los que se dicen defensores de la fe católica.

\* \* \*

Es curioso todo esto. Los fascistas atacan a los hombres de izquierda pretextando que son enemigos de la religión. ¿Por qué, entonces, ametrallan y asesinan a los vascos, tradicionalmente religiosos? ¡La paradoja antes referida! Contra los católicos de Euzkadi se han enfilado los generales que rezan a la Virgen del Pilar y caen de hinojos ante la Macarena. Y las mitras que los bendicen. Y los “blancos” aviadores que bombardean ciudades indefensas y destruyen—sin que se oiga la voz condenatoria de los prelados de la península—iglesias y conventos de Bilbao, de Durango, de Guernica.

¿Podría decirse que estos hombres matan e incendian por reacción anticlerical, por enfrentarse al poder político y económico de la iglesia? ¿Por reacción—para mayor exactitud—contra la falta de espiritualidad de algunos obispos españoles, su falta de religión, su falta de pureza, su codicia, su materialismo (no en filosofía sino en la vida real), su completa y antiquísima ruptura con la doctrina cristiana, con la doctrina de Jesús, hijo de obrero, obrero él mismo, obreros sus apóstoles y sus discípulos? ¿Tienen pues la excusa, por lo menos la excusa, de haber procedido cegados por la furia y por la desorientación de los primeros días de la guerra?

Bien sabemos que no. El lanzamiento de bombas incendiarias sobre templos y claustros lo han hecho a sangre fría. El asesinato de monjas, sacerdotes, niños, mujeres y ancianos, ha sido meditado y ejecutado de acuerdo con instrucciones del alto mando rebelde, que es como decir el alto mando extranjero. Y todos ellos, hasta los invasores arios que desconocen al Papa, hasta los sarracenos de Mahoma, proclaman que son cruzados del catolicismo español.

¡Hay diferencia, no puede negarse, entre la responsabilidad del Gobierno por atentados que no fué posible evitar al comienzo de la sublevación, y la responsabilidad criminal de los que dan órdenes de destrucción y de bárbara matanza!

¡Hay diferencia, sí, entre grupos de incontrolables al estallar una guerra civil que ellos no habían provocado, y las escuadrillas de aeroplanos que en formación militar van sem-

brando lo que siembran en España: ruinas, muerte, desolación, lágrimas y odio!

\* \* \*

“El clero por sí solo—asegura, el Presidente Azaña—nada hubiera podido hacer. ¡Unos cuantos sermones contra el Gobierno y pare usted de contar! Las instituciones republicanas no estaban confiadas a obispos ni a sacerdotes, quienes en última instancia han traicionado a su religión y a su Dios.

“Tampoco los terratenientes, los aristócratas ni los capitalistas, defensores de sus privilegios, se habrían sublevado por su cuento y riesgo.

“Necesitaban esas castas el apoyo de los militares, quienes sí tenían la obligación jurada de estar con la República, con la democracia, con el pueblo español!

“Suya es la responsabilidad tremenda de esta guerra de invasión, de ataque directo a la independencia de España”.

\* \* \*

Vale la pena reforzar las palabras anteriores con datos como éstos. Más de veinte mil oficiales y de ochocientos generales encontró en servicio el nuevo régimen en caer la Monarquía. No se les destituyó. No fueron degradados. No había razón para hacerlo. No pueden decir que los hubiere tratado en forma indigna la administración republicana. Podían retirarse quienes así lo desearan, con todos los honores debidos a su rango, con sus cruces pensionadas, con sus sueldos completos.

Ocho mil se separaron voluntariamente al decreto del Gobierno. Los demás juraron fidelidad a la República. ¡Pues de unos y otros, incluyendo todas las graduaciones, menos de dos mil permanecieron leales en 1936! Los demás volvieron las armas del pueblo contra el pueblo, deseosos de asistir a la parada militar que les daría el poder con todo lo viejo, careomido y antihistórico de la España medioeval.

Planteado el problema hasta ese punto se podría suponer—públicamente lo manifestó el señor Azaña en Valencia, hace algún tiempo— que en las filas rebeldes hay muchos ofuscados por pasión política, por obediencia mal entendida, por un compañerismo llevado a extremos abusivos y perniciosos.

Pero cuando la rebelión asciende al plano internacional; cuando llegan a España contingentes armados de otros países; cuando ya no se trata de una lucha entre españoles, sino

que la República está en presencia de una invasión extranjera; cuando lo que peligra no es solamente el régimen político sino la independencia nacional, “me cuesta trabajo creer—decía en aquella ocasión el Presidente —que entre militares rebeldes no haya muchos a quienes le repugne y les horrorice ser delincuentes, no contra las instituciones republicanas: contra España, contra la esencia viva de su propia patria”. Y agregaba el ilustre gobernante:

“Rebelarse contra un gobierno no será legítimo pero sí puede ser natural. Lo que es antinatural, lo que es monstruoso es facilitar la invasión, hacer llave de la rebeldía para abrir la puerta del territorio de la patria a los ejércitos extranjeros”.

\* \* \*

¡Y ésta es la actitud de los militares facciosos, tan pródi-ga y generosamente tratados por la República!

Se ha dicho que el Gobierno del Frente Popular debió haberlos separado de sus puestos, como si las traiciones pudiesen preverse y se pudiese de antemano señalar concretamente a los traidores. No, no era posible hacerlo, sin peligro de caer en graves equivocaciones.

Y de haberlo hecho tendrían motivo los llamados blancos para decir que el Gobierno “rojo”, “los sanguinarios comunistas” del Frente Popular, provocaron la guerra por el enjuiciamiento y lo persecución de inocentes militares. Porque el conflicto de todos modos habría estallado, preparado como estaba interior e internacionalmente.

Como han ocurrido los hechos tiene el Frente Popular—muy bien lo ha expresado el señor Azaña—una justificación moral de primer orden, inatacable, indiscutible. En esta guerra de invasión al pueblo, la República, el Estado, son los agredidos. Su justificación es plena ante la conciencia más exigente, ante la historia más rigurosa, ante propios y extraños de hoy y de mañana.

\* \* \*

De lo anterior se saca en conclusión que los militares, acostumbrados a ser los amos, no estaban satisfechos con la democracia, con la República, que cometió el error de guardarles excesivas consideraciones, sobre todo en lo económico.

En el primer semestre de 1936 las espuelas y las tizonas de España consumieron poco más de ochocientos millones de pesetas. ¡La tercera parte del presupuesto general de gastos!



Y una suma equivalente se les tenía asignada para el segundo período del mismo año.

Mas ya se ha visto que no estaban satisfechos. Como no lo estaba la iglesia con las cantidades que podía seguir retirando del tesoro. Como no lo estaban los terratenientes con la disminución, bien indemnizada, de sus grandes latifundios.

¡Y en su afán de mando y en su codicia de millones, en esta baja lucha de apetitos materiales, optaron por la rebelión y la matanza fratricida, en nombre de lo que ellos llaman patria, sentimientos religiosos, espiritualidad e idealismo!

\* \* \*

¡Claro! Las derechas cerriles sostienen que sus generales—los pupilos españoles de Berlín y de Roma—combaten a los ateos enemigos de Dios, de la familia y de la patria. Y las radioemisoras facciosas y los periódicos capitalistas, para engañar y desconcertar a la opinión del mundo, continúan clamando contra las izquierdas, “las hordas marxistas disolventes”, “los monstruos del Frente Popular”, “los cien mil rusos que pelean en España”.

¡Cien mil rusos! No los he visto en Barcelona, ni en Valencia, ni en Madrid, ni en ninguno de los frentes que he podido visitar. Al General Miaja le pregunté por ellos, después de haber leído las declaraciones “trascendentales” del cabecilla Franco en periódicos del exterior, diciendo que “sus” aviadores bombardean Madrid por humanidad. ¡Para conseguir que los rusos, únicos defensores de la capital, permitiesen la evacuación de las mujeres y de los niños madrileños, prisioneros de más de cien mil soldados moscovitas”.

Sonrió ante semejante afirmación el invicto General Miaja. Como ha sonreído ahora el Presidente Azaña. “Usted mismo puede comprobarlo”—fué en ambos casos la respuesta—. Y lo he comprobado. ¡Españoles, españoles en todas partes, a quienes la falacia de los traidores quiere discutir hasta el mérito de luchar heroicamente por la libertad de España! Miles de hombres que ofrecen sus servicios con fervoroso entusiasmo, que todavía no han podido utilizarse, que están esperando turno para que se les llame a filas.

No, no hay rusos ni contingentes extranjeros de importancia en el territorio leal al Gobierno legítimo de España. Pequeños grupos de voluntarios, sí, de distintas nacionalidades, que se pierden en la gran masa de combatientes españoles y que han venido por su cuenta y riesgo a tomar las armas contra el

fascismo. Algunos técnicos también, indispensables desde luego, por la defección de los militares. Y nada más, por mucho que digan los faceiosos.

¿Pues no dieron la noticia de que el Presidente Azaña había salido para Colombia? ¿Y no informaron, poco después, de su petición de asilo a la Argentina y del acorazado que lo estuvo esperando en Valencia? “También dijeron por radio— agrega el señor Azaña comentando esa campaña escandalosa— que yo me he vuelto loco y que con camisa de fuerza me tienen encerrado en un manicomio”.

Da pena que se hablen y escriban estas cosas, cuando se trata de valores respetables que defienden la independencia de su patria. Cuando lo único cierto son los crímenes y los desastrosos causados por pelotones regulares de invasores extranjeros. Cuando veo y escucho al Presidente español, escritor, pensador, intelectual de amplia cultura. Cuando gobiernan a España estadistas civilizados, políticos demócratas y liberales, en pugna alguna vez con la impaciencia de los que deseáramos que fructificase rápidamente la doctrina socialista.

\* \* \*

“La propaganda que tan intensamente han hecho los enemigos de la democracia tiene su explicación muy clara— dice el Presidente Azaña— en el plano internacional:

“Debilitar la posición del Gobierno español, presentándolo ante el mundo como un régimen desorbitado, caótico, indigno de la simpatía y del apoyo de las demás naciones.

“Conseguir que el golpe de cuartel se considerase como una lucha armada entre dos bandos.

“Lograr que no pudiéramos adquirir el material bélico necesario para debelar el movimiento rebelde.

“Atarnos, en una palabra, de pies y manos, puesto que los militares disponían de casi todo el arsenal de guerra que España les entregó para resguardar sus instituciones”.

\* \* \*

Los resultados de la ola de difamación están a la vista. Pacto de neutralidad. No intervención. Comité de Londres. Control. Hecho todo por las potencias, discutido por ellas, arreglado por ellas, sin que España, sin que el Gobierno legítimo de la República hubiese tenido voz ni voto en ninguna de las deliberaciones.

¿Habrà que calificar todo esto como una monstruosidad

jurídica, expresión acertadísima de Alvarez del Vayo? ¡No faltarán jurisperitos que se nieguen a opinar! Pero lo que sí puede afirmarse es que el problema de España no se ha tratado como problema de Derecho Internacional, sino como problema político europeo.

En tales condiciones no puede esperarse que otros Estados, con grandes intereses capitalistas como lastre, pospongan su conveniencia a la justicia de la causa española. Sí, pero tampoco es tolerable que los sacrificios que ha tenido que hacer en su derecho la República, por convenir así a la paz internacional, se conviertan en castigo para el pueblo de España.

La burlada no intervención, la neutralidad, el Comité de Londres, sólo han servido para que los faeciosos, a quienes reconocen como Gobierno las dictaduras de Europa, se armen y fortalezcan con nuevo equipo, con material humano, con batallones de esos países que no han sido ni son neutrales; que intervienen desde el comienzo de la conflagración al lado de los rebeldes; y que han estado enviándoles constantemente divisiones enteras de regulares disciplinados, aviadores, aeroplanos, tanques, todo lo que necesitan para conquistar a España.

Al Gobierno legítimo, sin más fuerzas que las suyas, que son las fuerzas del pueblo, le habría bastado con una efectiva neutralidad de las potencias, con una política leal de no intervención, para dominar rápidamente el movimiento cuartelario de los militares.

Así, desde las primeras semanas, el Frente Popular hubiera obtenido la victoria que le daban con su adhesión y su entusiasmo las masas populares; el triunfo de la libertad republicana; la paz que tan firmemente desean los antifascistas y que en España siempre hubiesen querido conservarla. Pero que aún no llega porque el Derecho Internacional, en nombre del equilibrio de Europa, ha sido escandalosamente violado en la Península Ibérica.

Para remediar el daño se piensa en el Control. ¡Y precisamente a los Estados fascistas, a los gratuitos adversarios de la democracia española, a sus enemigos declarados, a los que están en relaciones oficiales con Burgos, se les recomienda la vigilancia del Mediterráneo! ¿Puede concebirse nada más sangriento contra el pueblo y el Gobierno de España?

\* \* \*

“¡Dolorosa misión la de mi patria!—exclama el Presidente Azaña cuando hemos comentado estos problemas—.

“¡Trágico destino el de nosotros, los que siempre hemos soñado con una república de ciudadanos libres, respetuosa de los derechos de la conciencia y de la persona humana!

“¡Heroica misión la de los españoles que defienden a España contra el ataque de los imperialismos extranjeros!

“¡Y contra la infamia sin nombre de aquéllos a quienes sus propios nietos condenarán por la horrenda traición que han cometido!”

\* \* \*

Ha terminado mi conversación de dos horas con el Presidente Azaña. Son las diez de la noche. Por las calles de Barcelona, por las Ramblas, por el Paseo de Gracia, circula la gente en grupos animados, dando bromas, comentando las últimas noticias de los periódicos, queriendo olvidar con el bullicio la tragedia que a todos nos envuelve.

¿Qué sucederá más tarde? ¿Qué ocurrirá mañana? Nadie lo sabe y la retaguardia, sin embargo, lo presiente. Pero están alegres unos y otros. Hay cordialidad: la cordialidad del peligro común, que por la práctica fascista de los bombardeos aéreos es igual en los frentes que en el corazón de las ciudades. ¡Esta maravillosa cordialidad española, que salta también a borbotones en Valencia, en Madrid, en las más castigadas poblaciones de la España Leal!

Pocos días después un nuevo peligro amenaza a Barcelona. ¿Fanatismo ideológico de algunos impacientes? ¿Hombres equivocados que no quieren escuchar el llamamiento del Gobierno ni de las dos grandes sindicales de trabajadores? ¿Monárquicos, reaccionarios, miembros, tal vez, de organizaciones, de derecha provocando la división en las filas de vanguardia? ¿Honrados luchadores mal dirigidos que obstaculizan la labor antifascista?

Afortunadamente se impone la cordura, se impone, el patriotismo, se impone la realidad a la utopía. Al golpe de fuerza sigue otra vez la calma. Y los paseos, los teatros, los cines, las plazas, los cafés, los restaurantes, transitoriamente abandonados, vuelven a ser invadidos por el público. Un público homogéneo que da lectura, con indignación, a las noticias escandalosas publicadas en el extranjero sobre los sucesos de la ciudad condal:

“Miles de muertos y heridos en las calles de Barcelona”.  
“Refriegas feroces entre los propios marxistas”. “El asesina-

to es norma invariable de los rojos españoles, desenfrenados y anárquicos”.

\* \* \*

¡Siempre los rojos! ¡Siempre los marxistas! ¡Siempre la difamación! Y fueron ellos precisamente, fueron los trabajadores organizados, fueron “las hordas bárbaras” y el ejército del pueblo quienes con su actitud serena, con su disciplina consciente, lograron poner fin a una discordia provocada sin razón en plena guerra. Provocada no por ellos sino contra ellos, contra España, contra la victoria del pueblo español.

Tuve oportunidad de asistir a los funerales imponentes de dos jefes socialistas. Más de cien mil personas, por medio de los estandartes de sus agrupaciones, pedían el castigo enérgico de los incontrolables. ¡Los incontrolables! ¡Quiénes son los incontrolables? ¡Acaso no los hay también en Londres, en París, en Nueva York o en Chicago?

Pero debo ceñirme al caso actual de la revolución española. Y pienso entonces en una frase del Presidente Azaña, que con mis propias palabras, me atrevo a reconstruir: Los crímenes que hayan cometido o puedan cometer gentes irresponsables son crímenes secundarios, crímenes menores. Sacudimientos tan hondos como el que sufrimos convulsionan a toda la sociedad. Y despiertan ante los rencores personales, las bajas pasiones, el afán de lucro, los deseos de venganza, cuya satisfacción violenta debe imputarse al enorme crimen básico del cual España, en todos sus aspectos, es víctima propiciatoria.

\* \* \*

He regresado a Valencia, la bulliciosa y hospitalaria capital levantina, cuyo medio millón de habitantes se ha duplicado en diez meses de guerra. Un nuevo bombardeo desde el mar y desde el aire ha convertido en escombros a varios edificios. Las casas de socorro están llenas de muertos, de mutilados y de heridos.

De Mallorca salieron los aeroplanos. De Mallorca, en donde las fuerzas de Mussolini y los pilotos de Hitler, con la cooperación de sus barcos de guerra, preparan todas las incursiones sobre el territorio español de la costa mediterránea. ¡La costa que el Comité del Control ha puesto a su cuidado!

Sobre Tortosa, Castellón, Sangunto; sobre la codiciada capital de Cataluña, vuelan en noches subsiguientes “los ca-

balleros del aire". Centenares de bombas explosivas, centenares de obuses lanzados por cruceros piratas, por buques fantasma, por acorazados "que vigilan", tratan de grabar con ruinas y cadáveres, a sangre y fuego, la enseña del fascismo en la España liberal que lo rechaza.

\* \* \*

En los últimos días de mayo se quitan la careta los provocadores constantes de la guerra en Europa, que no otra cosa es la barbarie fascista sino odio a la paz, incitación a la matanza, desprecio a los que siguen creyendo en las ventajas del derecho sobre las atrocidades de la fuerza.

¡Submarinos italianos hunden el velero español "Granada", y la motonave "Ciudad de Barcelona", con trescientos doce pasajeros, de los cuales sólo ciento veinticinco logran salvarse! ¡Simultáneamente un crucero y cuatro destructores alemanes, desplegando sin recato la bandera nazi, bombardean con más de trescientos disparos la población inerme de Almería?

Para explicar el atentado mueven Italia y Alemania todo el engranaje de su propaganda. "¡Provocación comunista!" ¡Hay que acabar con la hidra roja! ¡Pedimos garantías! ¡No hemos hecho nada más que tomar represalias!"

¿Represalias? ¡Sí! ¡Porque dos aviones republicanos que inspeccionaban Ibiza, territorio español, contestaron el fuego que les hizo sin razón y contra todo derecho el acorazado "Deutschland", indebidamente anclado en esa rada! ¡Y porque al atacar el Gobierno legítimo de España las posiciones militares, las posiciones rebeldes de Palma de Mallorca, resultaron muertos o heridos seis oficiales de Mussolini al servicio de los facciosos!

\* \* \*

¿Se advierte la monstruosidad de lo que hacen y alegan las dictaduras auropeas? ¿Se da cuenta el mundo de su soberbia, de su cinismo, de lo que significa para la civilización humana que se las deje crecer y prosperar, a la sombra de la política de tolerancia que tímidamente prevalece en contestación a sus rugidos y a sus agresiones?

Pueden los fascistas de Berlín y de Roma invadir con sus ejércitos el territorio español. Pueden bombardear y destruir Madrid, Guernica, Durango, Valencia, Barcelona, Málaga, Almería, Bilbao, todas las ciudades y todos los pueblos de una

nación que ningún daño les ha hecho. Pueden asesinar cobardemente miles de hombres, de mujeres y de niños.

¡Y cuando los aviadores del Gobierno de España, en aguas territoriales españolas, contestan los cañonazos de un crucero alemán que les dispara; cuando mueren seis oficiales invasores, seis oficiales culpables que nada son ni nada valen para la cultura universal; que nada son ni nada valen frente a García Lorca o a Leopoldo Alas, frente a tantos profesores y hombres de bien sacrificados, toman entonces represalias contra “la barbarie roja” las dos potencias fascistas, hundiendo barcos de pasajeros y bombardeando la población civil de un puerto desarmado!

\* \* \*

¡¡Ah! ¡Pero mientras ocurren estas cosas; mientras continúa inmoliéndose a los españoles, cuyo único delito es la defensa heroica de su patria, seguirán plácidamente discutiendo las levitas negras del Comité de Londres! ¡Y las altas chisteras de la Liga benemérita de las Naciones!

Está en lo cierto, sin duda, el Presidente Azaña. ¡Trágica misión les ha tocado desempeñar a los españoles! Contra ellos, contra este gran pueblo español, se está cometiendo un crimen como no se registra ninguno de mayor alevosía en los anales de la Historia.

Crimen de los militares. Crimen anticristiano de sarracenos y de católicos. Crimen de las fuerzas reaccionarias unidas para que no haya justicia social sobre la tierra. Crimen de las democracias capitalistas, que acaso se arrepienten de su actitud—de su complicidad—cuando en su propia carne, en París o en Londres bombardeadas, vean y sientan las desgarraduras que hoy hacen sangrar a España dolorosamente.

VICENTE SAENZ.

Barcelona, Valencia, 1937.

320.946  
S/27 p

12/1439

